

CUENTO N° 58

TITULO: TOSCA 4711

SEUDÓNIMO: MANUNI

AUTORA: MARTA ODILE MIZGIER HOCHSCHILD

TOSCA 4711

Joel llegó temprano al departamento esa mañana. Se mantuvo de pie. Alto, firme, mirándola hacia abajo. Ella, enjunta, sentada en la punta de una silla distanciada de la mesa en que reposaban los restos añejos de una marraqueta con mantequilla y un té con leche ya frío. En tono perentorio se escuchó —*Mamá, nos vamos.* Ella torció su cuello oxidado hacia arriba suplicando una última oportunidad. —*Déjame aquí, me portaré bien. Te lo prometo, hijo.* No hubo marcha atrás. —*Ya lo hemos conversado muchas veces. Ayer se le quedó prendido el gas, anteayer se le abrió la tapa del guatero en la cama, y no ha permitido a ninguna cuidadora por más de tres días. —Pero aquí están mis rincones; podría quedar más ciega todavía y con las manos encontraría... —Créame, estará mejor allá. Acuérdense que lo fuimos a ver juntos; hay un jardín de rosas blancas y su pieza recibirá el sol de la mañana.*

Los más de noventa años de Greta se colgaron del brazo del hijo preguntándose si la iría a depositar allí para siempre. —*¿Lo volveré a ver? No tiene que importarme. Igual como no tuvo que dolerme cuando mi papá nos abandonó por una mujer que lo llevó a vivir a otro país. Aunque ni nosotros estábamos en el nuestro.* La guerra es así. Desgaja a las personas de sus orígenes. Atrás habían quedado los bosques de Múnich con hermanos, abuelas y primos. Con tías y mascotas, recogiendo bayas. Con papá y mamá tendiendo un mantel a cuadros blanco y rojo para el picnic, con rebanadas de pumpernickel y kuchen de ciruelas. La guerra es así. Desmiga las huellas que nos dicen quiénes somos.

La historia de Greta había comenzado en una cuna con edredón de plumas, enmarcada por una delicada cortina de encaje blanco traslúcido. Ahora iba a tropezones, apoyada en un hijo que tiene su propia historia. Esta vez los pasos inciertos no van camino a los hornos. No ve bien. No escucha bien. Pero Greta sintió, como si fuera hoy, el putrefacto olor de las barracas apilando cuerpos vivos y muertos. Todos juntos. Todos revueltos, porque qué diferencia hay entre los vivos muertos y los muertos muertos.

El hijo empezó a recorrer la autopista varias veces a la semana. Iba y venía al nuevo hogar de su madre, sabiendo que no era su hogar. —*¿Se acuerda, mamá, cuando decía que en Chile los hombres sueñan con tener una geisha y las mujeres un mayordomo?* Ella pícaramente refuta: *¿eso decía yo?* —*Usted nos mandaba al colegio con fiebre o sin fiebre. ¿Se acuerda? Como el termómetro de día marcaba menos, lo importante era estar en casa de noche para bajar la temperatura transpirando bien abrigado y poder volver al colegio al día siguiente.*

Pasaron los meses. Incluso algunas estaciones. Ya no se tropieza tanto cuando circula por los senderos del jardín. Se alimenta de budines de acelga; también del coqueteo al nuevo residente del hogar, y pide al hijo que le traiga Tosca 4711 para perfumarse. Se diría que asomó en ella una belleza que estuvo marchita.

Un día de abril habría fiesta en el hogar. Es el Séder de Pésaj. Ella no vincula esta efeméride con la liberación del pueblo hebreo de la esclavitud de los egipcios. Ella sólo sabe que habrá una cena, que le ayudarán a vestir elegante

y pedirá sentarse junto a su nueva ilusión. Emmanuel también gusta de reír con ella. Un observador avezado habría remarcado que este hombre bonachón, de suspensores afirmando un pantalón bien planchado, esa noche tuvo su propia velada interior. Empezará hablando del negocio de ropa fina que ya no tiene en la Galería Imperio. Ropa que se confeccionaba con telas que traía de Tel Aviv. Dirá que el local quedaba al lado de una librería. Al mencionar que abría todos los días a las nueve de la mañana, para arreglar la vitrina antes que llegasen los clientes, apretará suavemente la mano de Greta.

A él no lo visitan. Tiene solo una hija que vive en Canadá. No siente abandono. Cuando un avión atraviesa el cielo, lo mira. Lo sigue. Y en ese trazo entre nubes, inscribe un mensaje soltado al viento: ¡te criamos con alas, hija, vívelas!

Greta tiene una hermana menor, Raquel. Se presentó en el hogar con cierta frecuencia manejando un viejo Chevrolet, que lucía siempre lustroso. Iba, quizás, una vez al mes, o dos veces al año, apoyada en un bastón más por elegancia que por necesidad. Para Greta el tiempo no tiene dimensiones ciertas. — *¿Viniste ayer?* Habían sido tres hermanos. El único hombre, el mayor, murió en Dachau.

Sin saberse con precisión cuándo, Raquel dejó de golpear a su puerta e irrumpir para regañarla por estar poco aseada o tener en su velador un jugo añejo con pelos canos flotando. Esa pérdida no fue pérdida. Greta no resintió la ausencia. Joel contribuyó dejando de mencionar a la fallecida tía que nunca dejó de conducir el Chevrolet, hasta dos días antes de partir repentinamente de esta tierra, que no siempre fue la suya.

Emmanuel y Greta jugaron bingo regularmente los miércoles en la tarde, junto con otros veinte ancianos y ancianas del hogar. Una cuidadora en voz alta decía “ocho” y repetía pausadamente con mayor volumen, “o-cho”. Luego esperaba que todos buscaran sus posibles “ochos”, antes de volver a rodar las bolitas en la tómbola. Emmanuel ayudaba a Greta a encontrar sus “ochos” o “cincos” o “sietes”. Emmanuel demostró talento con los números desde cuando cerraba la caja diaria en la Galería Imperio. Antes también, cuando ayudaba a su padre, sastre, a calcular los metros de tela, en Polonia. Y Greta invariablemente fue hábil para perfumarse envolviendo de misterio su risa franca. Risa que renacía jugando bingo en cartones compartidos.

Un miércoles Greta no bajó a la sala de juegos. Emmanuel preguntó. Le respondieron que estaba más perturbada de lo habitual. Que era mejor dejarla reposar. Días después volvieron a pasear juntos por el jardín de rosas blancas como si fueran dos novios saliendo de la sinagoga. Emmanuel decidió que había llegado el momento de hablar con Joel.

Lo esperó al final de un día cualquiera, sentado en la sala de estar, frente al tablero de ajedrez. Después del acostumbrado saludo cordial, lo invitó a una partida. —*Sí, pero primero subo a ver a mi madre.* Greta pegaba un botón muy desfasado del ojal que le correspondía. Y cuando el hijo preguntó por quién le había ayudado a enhebrar la aguja ella contestó sin más, que de repente ahora veía todo clarito. —*¿Sabes?, el viejo de la mesa de al lado me propuso matrimonio... y quiero ponerme este vestido.*

Empezaron a mover los peones, pero no avanzaron mucho antes que Emmanuel le preguntara a Joel si tenía tiempo para una conversación. —*Había pensado escribirte una carta, pero mi mano ya tiembla un poco. No tendría la claridad que necesito. —Podemos hablar largo, a esta hora regresarme es una locura; la cola en la Costanera es un desastre.*

—*Tu madre era una gran lectora, como tú bien lo sabes. Devoraba libros de Goethe o de Thomas Mann por igual. Los compraba en la librería al lado de mi negocio. Un día entró a consultar por una falda que estaba en la vitrina y sin darnos cuenta, un tema nos llevó a otro y nos pusimos a hablar del Fausto. Yo también lo había leído y cuando se despidió quise que ojalá pronto necesitara una nueva falda o una blusa para esa prenda que había comprado. Felizmente vino por otro libro y la vi pasar a través de la vitrina. Bueno, el caso es que se hizo frecuente que sus lecturas se relacionaran también con comentarios de los personajes, en mi tienda. Dejé pasar un tiempo y di un paso más. Le dije que podría adivinar el perfume que ella usaba. Me respondió que solamente era colonia. Y de debajo del mostrador saqué una Tosca 4711 envuelta en papel de regalo. Le pedí que abriera el paquete en su casa y que si no me había equivocado, me permitiera saberlo. No regresó más e interpreté que había errado. Hubiera querido retroceder. ¡Pero el arrepentimiento no borra lo ya hecho! Hacía muchos años que yo estaba viudo y nunca volví a necesitar la compañía de una mujer hasta que Greta apareció en mi vida. Mi vecino el librero tampoco tuvo más visitas de su cliente, según pude saber cuando se lo pregunté.*

—Un día sucedió el milagro. Lo advertí por la fragancia que me llegó de golpe. Ella estaba al lado. Esperé nervioso. No encontré mejor posición que empezar a cambiar las prendas de la vitrina. Desde allí, al menos la vería pasar. Ante mi asombro, entró preguntando si era día de rebajas. Tuvimos encuentros durante algunos meses, que fueron dolorosos para ambos. Existía tu padre. Y nunca quiso deshacer esa relación. Tampoco nunca se lo pedí. No tenía derecho a hacerlo. Cuando el pesar se me hizo insoportable, ella tomó la decisión. Esa vez sí, nunca más nos vimos.

—Raquel sabía de lo nuestro. Y al ingresar Greta al hogar, me llamó. Deslizó que tu papá había fallecido tiempo atrás. Yo mantenía el negocio como último eslabón con tu mamá. Entonces, decidí cambiarlo por otro que me ayudara a dejar de suspirar para volver a respirar. Pensé que Greta podía molestarse con mi atrevimiento pero quise correr un nuevo riesgo. Creo que nunca me ha reconocido. La verdad es que me hace más feliz aún pensar que volvió a enamorarse de mí. Dejé de ser el Fausto, aquel anciano que solo vivía esperando la muerte. Ahora jugamos a ser amantes y puedes entender que este querer es en la hora de nuestro punto final.

Ninguno de los hombres de esta conversación alcanzó a adivinar que desde las 5:00 horas del día siguiente, 3 de abril de 2020, por disposición de la autoridad sanitaria los hogares de ancianos tuvieron prohibición indefinida de ingreso de personas ajenas al plantel. Así, se bendijo la íntima historia de este eterno punto final.